

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 40 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Anuncio, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

ADVERTENCIA

Son muchos los lectores que nos escriben pidiéndonos que dediquemos más espacio en cada número a la obra *El Dolor Universal*.

Por complacerlos, desde éste, y siempre que trabajos de actualidad no lo impidan, ocuparemos la cuarta plana con la célebre obra de Sebastián Faure.

LA RECONQUISTA

Creerán ustedes sin duda que la obra de la reconquista tuvo glorioso fin y remate cuando en 1492 los Reyes Católicos plantaron victoriosamente la enseña de la fe sobre los muros de la Alhambra. Pues nada de eso. La reconquista está aun por hacer; la prueba es que hay que hacerla. «Estamos en un período de reconquista religiosa», dicen los prelados en su proclama, manifiesto ó lo que fuere. ¡Buen chasco para los historiadores que creyeron consumada la grande empresa hace la friolera de cinco siglos!

¡Reconquista! Pasa con esto de los vocabularios una cosa extraña. Los partidos políticos, aun los más radicales, aceptan sin inconveniente la tecnología eclesiástica; credo, dogma, comunión, disciplina, corresponsable. Los eclesiásticos gustan de servirse del tecnicismo marcial: Iglesia militante, campeones de la fe, soldados de Cristo. Esto es más razonable que lo otro. Porque en nuestro país, después de ocho siglos de lucha contra infieles, de tal suerte se ha identificado la guerra con la religión, que apenas se concibe pueda invocarse el nombre de Dios si no es para exterminar á los hombres.

De que la obra de la reconquista no estaba aun completa ha habido antes de ahora muchos barruntos y sospechas. Los propios católicos reyes pretendieron terminar su labor expulsando de España á los judíos en el mismo año de la conquista de Granada; determinación radical que ha librado á nuestra patria para siempre de toda cuestión Dreyfus. Más tarde el dulce Felipe II quiso rematar la suerte y conquistó las Alpujarras. Andando el tiempo el avisado duque de Lerma sospechó que la reconquista estaba aun pendiente y echó de España á los moriscos. En 1815 y 1823 el deseado Fernando VII, sin duda para acabar de reconquistarnos, envió á presidio ó al extranjero á los liberales de entonces. Y es triste cosa en verdad que, á pesar de tantos y tan laudables esfuerzos, no haya llegado á consumarse todavía esa interminable labor de la reconquista en la cual estamos los españoles empeñados (y tan empeñados!) al decir de nuestros obispos.

La obra se realizará al fin. No en balde la toman á su cargo los sucesores legítimos de los Gelmírez, Acuña y tantos otros prebendados de pelo en pecho, gloria del episcopado español. Además, los liberales no podemos oponer gran resistencia. Tenemos otras cosas que hacer. Estamos ocupados en averiguar si la República futura será unitaria ó federal, si vendrá por evolución ó por revolución, si la presidirá Juan ó Pedro, motivos serios de discrepancia que, alterando nuestros naturales sentimientos de fraternidad, nos mueven razonablemente á destrozarnos unos á otros. En estas disputas conejiles, galgos ó podencos, llegarán los perros y se realizará una vez más la eterna fábula.

Somos los radicales españoles de índole tan blanda, mansa, sumisa y dócil, que fácilmente nos allanaríamos á vivir sujetos al yugo de los católicos políticos, como venimos viviendo sujetos á otros yugos, á ser la cosa sucedera y posible. Haránla impracticable nuestros dominadores. En nada menos que en sublevarse pensaban los moriscos de Granada. Pero les mandaron allá un inquisidor de primera, quisieron arrebatárselos sus hábitos, sus costumbres, sus ritos, su traje, su lengua, empeñáronse en bautizarlos á la fuerza, prohibiéronles los baños como práctica poco ortodoxa, pretendieron hacerles comer tocino á todo pasto, y se sublevaron. Lo propio nos sucederá á nosotros cuando se pretenda catequizar á nuestras mujeres, bautizar por la violencia á nuestros hijos, imponernos de real orden los santos óleos, exiguimos para respirar la célula de comunión y echar nuestros cadáveres al muladar para que se los coman los perros. Entonces se volverán las tornas y será llegada para nosotros la hora de lanzarse al monte. No ha de faltarlos un Aben Humeya ó un Farase, Aben Farase, que se ponga á nuestro frente. Y la reacción habrá menester, no ya de un marqués de Mondó-

jar ó de los Velez, sino de todo un don Juan de Austria, ilustre bastardo, para doménarnos y oprimírnos.

Doménados y oprimidos, ¿qué harán con nosotros nuestros doménadores y opresores? Sin duda se quemará á unos pocos, se ahorcará á algunos, se llevará á muchos á remar de por vida en las galeras del rey, conforme lo prescribe la veneranda tradición. Castigos justísimos, ya que es cosa averiguada, conforme á la mejor opinión, que el liberalismo constituye un delito horrendo, peor mil veces que el robo, el adulterio, el incendio, el estupro, el asesinato, y el parricidio. Pero, como somos tantos, no se podrá quemar, ahorcar y enchiñar á todos. ¿Qué hacer en este trance? Los apostólicos volverán la vista al pasado, y aprovechando sus enseñanzas decidirán mandarnos con nuestro liberalismo á otra parte, como lo hicieron los grandes reyes de otros tiempos con moriscos y judíos. «Entonces todos los principales puertos de la Península, Barcelona, Valencia, Alicante, Almería, Cádiz, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao, nos verán llegar atrahillados como bestias, para ser amontonados en el puente de las flotas de Su Majestad y expelidos con destino, ora á las playas hospitalarias del Africa, ora á las remotas de América la virgen. Aquí dejaremos nuestros afectos, nuestras ilusiones, la patria, y aun algunos, muy pocos, de entre nosotros, dejarán sus bienes, que podrán servir, según ha acontecido siempre en casos análogos, para redondear la fortuna, y el vientre de algún católico ortodoxo.» Como los judíos se llevaron consigo el espíritu de empresa y los moriscos el secreto de labrar la tierra y hacerla fecunda, así nos llevaremos nosotros lo poco que aquí resta de civilización. Y ellos quedarán tranquilos, orondos, satisfechos, limpios de toda mancha de cultura y contentos con haber sabido tan al vivo continuar la historia de España.

Esto es difícil, pero posible. Lo que no es posible, lo que es un delirio, lo que es un disparate, lo que es un absurdo es pensar que aquí podamos vivir en paz mientras unos españoles se obtienen en tener metidos á otros españoles bajo la suela del zapato.

ALFREDO CALDERÓN

SIGA LA FARSA

Nada. No hay medio de que seamos un pueblo serio. Lo mismo el gobierno, que la prensa, que las Cámaras de Comercio, saben bien que la salvación de España no está en rebajar más ó menos millones de los presupuestos; pero cada uno finge creer que la salvará sacando triunfante el pensamiento que él apadrina.

No digo rebajando los cien millones que las Cámaras fijan; rebajando cuatrocientos, seguiría España siendo un pueblo degradado, cobarde, sin sentido de la realidad y apegado á la tradición y la rutina.

Esos cien millones de rebaja en la contribución no impedirían que el clero continuara comiéndose (probablemente irían á parar á él), ni que la administración de justicia fuese lo que todos anhelamos, ni que el ejército respondiera exclusivamente á los fines de su institución.

Esos cien millones de rebaja, no convertirían á esta nación que todo lo espera del cielo, en un país laborioso que obligase á la tierra á darle el bienestar que apetece; ni acabaría con el parasitismo; ni llevaría á la olla del trabajador un gerbanzo más.

La rebaja de esos cien millones ¿a quién aprovecharía? Únicamente al que pague contribución directa, y aun esto, en proporción bien mezquina. ¿Qué le importa pagar 130 pesetas por trimestre, al que antes pagaba ciento? El que no pudiera vivir pagando esas 30 pesetas más, tampoco podría continuar pagando la cuota anterior. Todo esto es pequeño. Aparte que no es el productor el que en último caso paga, sino el consumidor.

Con esto de las economías, lo que se trata es de adormecer al pueblo, de engañarle, para continuar explotándole; de detener lo que forzosamente tiene que venir: un cataclismo fenomenal, si España ha de salvarse. ¿No viene? Pues á morir.

Los contribuyentes podrán al cabo del año encontrarse con cien millones más en sus bolsillos; pero el pueblo se habrá muerto de hambre, si es que no ha preferido jugarse la vida de otro modo.

Dejemos ya, pues, la cantilena de las economías. Todo el que las pide es partidario de que España continúe en vilecida y hambrienta. Piensa en él, en su oficio, en su negocio, en su conveniencia; no en lo que á la nación conviene.

Y tanto es así, que si fuera posible suprimir en absoluto los impuestos, no por esto se alzaría España. Vivirían me-

jor los que ahora viven bien, pero continuarían montados los que hoy lo están.

El mal es muy hondo; por esto hay que apelar á los remedios enérgicos.

JOSÉ NAKENS

Hace unos días, diez soldados procedentes de Cuba desembarcaron en Santander. Se les concedió venir gratuitamente hasta Madrid; mas como los billetes que les facilitaron caducaban en Avila y ellos desconocían los medios para conseguir su renovación, siguieron hasta aquí, no creyendo cometer un delito, y que todo se arreglaría dando cuenta del hecho á la Dirección.

Pero anda, que buen chasco se llevaron. La empresa, que transporta casi de balde á frailes y monjas, los entregó á los tribunales, y procesados están.

Y será un gran acto de justicia el que los condenen; así aprenderán que no basta haber derramado la sangre por la patria (la patria de los ricos, porque el pobre no la tiene), haber sufrido hambre ni llegar enfermos, para evitarse un proceso por venir unas leguas montados de mulo en un tren, ellos que tantas anduvieron con los pies descalzos allá por Cuba, para que se pusieran las botas tanto canalla y tanto ladrón como andaba por aquí. Y andan todavía, que es lo peor.

LA ÚNICA CRISIS

Con la mayor indiferencia ha asistido el país á la contradanza política de estos días.

El planteamiento y la solución de la crisis no han despertado interés alguno. Todo el mundo sabía poco más ó menos cómo había de resolverse la cuestión planteada entre el ministro de Hacienda pidiendo economías, y el de la Guerra negándose á hacerlas en su departamento. La cosa se ha reducido simplemente á que Silvela ha hallado con ello pretexto para deshacerse de la compañía molesta y absorbente de Polavieja y á que éste encontrara medio de caer en buena forma ante la opinión de los militares como defensor y mantenedor de los intereses del ejército.

El juego podrá haber sido más ó menos hábil entre uno y otro, pero el resultado es que el país, con la solución dada á la crisis, no satisface ninguna de sus aspiraciones, ni tiene ahora más motivo que antes para confiar en la gestión ministerial.

Grandes eran las antipatías con que se miraba á Polavieja por sus tendencias y significación clerical y reaccionaria y con mucho gusto han visto las gentes su caída del puesto á que nunca debió subir, pero esto no quiere decir que el gobierno de Silvela haya ganado mucho en el concepto público, porque con Polavieja ó sin él la situación actual está completamente desacreditada é impotente para hacer nada de lo que el país reclama con ahínco como obligado por imperiosas necesidades.

La crisis, la verdadera crisis latente y honda en España no es esta que se relaciona con el cambio de partidos y de personas en el poder, tiene raíces más profundas que arraigan en los sentimientos sobre que se sostiene todo el actual régimen político y social. Esta es la crisis que á España le interesa resolver.

Por eso esas otras ministeriales, que sólo se reducen á que un partido sustituya á otro dentro de la monarquía ó que unos hombres relevan á otros dentro del mismo gobierno, no despiertan ya interés en las gentes que no hacen de la política oficio, ni consiguen reanimar en lo más mínimo la fe y la esperanza del pueblo que, tratándose de la monarquía y de sus hombres de gobierno las tiene hace mucho tiempo perdidas por completo.

La única crisis que al país le interesa y cuya resolución puede traer consecuencias favorables para todos, es la que desde hace veinte años viene agitando en el fondo con tendencias al cambio completo y radical de todo el régimen existente, por otro que esté más en armonía con los deseos, las necesidades, las aspiraciones y la conveniencia del país.

Esta crisis no pueden resolverla los poderes actuales ni los hombres que han ido gastándose y fracasando durante el largo período de régimen monárquico; tiene que resolverla el pueblo por sí, encaminando su esfuerzo y su acción rápida y eficazmente á salir de un estado que, de prolongarse algún tiempo más, acabará por agotar la poca fe y la escasa energía que le resta para reaccionar é imponerse á una situación anómala y arcaica que no impera por la virtualidad de su fuerza ni de su prestigio, sino merced á la apatía y decaimiento de un pueblo que parece tener en olvido sus intereses morales y materiales.

JOSÉ CINTORA

Números cantan

Los militares que hicieron causa común con el ex-ministro Polavieja para oponerse á las economías en el ramo de Guerra, debieran estudiar despacio esto que dice un importante periódico francés:

«El ejército español, cuenta proporcionalmente con mayor número de oficiales que ningún otro de Europa, y es más costoso también.

Francia, para un ejército de 600.000 hombres, tiene 29.000 oficiales, y gasta en sueldos 99 millones de francos; su presupuesto de Guerra se eleva á 640 millones. Italia, para un ejército de 280.000 hombres, cuenta sólo con 14.000 oficiales y destina solamente 48 millones á sueldos, siendo su presupuesto de la Guerra de 280 millones. España, con un ejército de 80.000 hombres, ha de sostener 23.000 oficiales y pagar 65 millones, siendo de 174 millones el presupuesto.

En Francia hay un oficial por cada 21 soldados, en Italia uno por cada 16, y en España uno por cada tres. En Francia se dedica el 15 por 100 del presupuesto de la Guerra al pago de los oficiales, en Italia el 17 y en España el 38 por 100.»

Le ha faltado á ese periódico consignar el dato, verdaderamente aterrador, de que la administración central cuesta la enorme suma de cinco millones de pesetas, cuando, si hubiese verdadera organización, bastaría con 600 ó 800.000.

Lo dije hace unos meses; mal estamos, peor estaremos y trabajo nos va á costar desenredarnos; pero ¡ay! si el ejército llega á venir vencedor de Cuba y Filipinas, ni esa esperanza nos quedará. Sus exigencias habrían acabado con esta nación desventurada.

Quiso casarse en Mora de Ebro un obrero con una joven á la que le unía lejano parentesco; el cura le exigió 60 pesetas; él no podía darle más que 40; el de lo negro insistió; suplicó el obrero, mas todo en vano. Y se casó civilmente.

Como era católico, lo mismo que su esposa, siguió yendo á la iglesia. Mas hete aquí que hace pocos días, descargando buques de vino en la estación, le cayó uno encima produciéndole violenta conmoción cerebral.

Solicitó su atribulada familia los auxilios espirituales, negóse el párroco, falleció el desventurado, y también negóse sepultura eclesiástica. ¡Qué dulce debe ser la venganza para un presbítero que no ha cobrado 60 pesetas!

Cuántas tentativas se hicieron para que el párroco se apiadase de aquella pobre familia fueron inútiles; aquel ministro de Dios, descompuesto, iracundo, desatendió á todo el que fué á hablarle. La noticia cundió, y la población en masa, aunque católica, acompañó el cadáver al cementerio civil, protestando así contra la intransigencia feo- roz é infundada de su párroco.

Párroco al que envió un apretado abrazo (¿de frente, eh?) porque es de los que yo necesito para que toda España diga pronto:

Tiene razón El Motín.

Explotación inicua

LOS CONVENTOS DE MONJAS

Si los gobiernos españoles no fueran desde hace años sucursales de la Roma Vaticana, deberían informarse, pero de verdad, de lo que ocurre en los conventos y asilos donde se explota ferozmente la desgracia.

A los muchos casos que vengo citando, hay que añadir éste, de gran autoridad por venir de un obispo, el de Nancy, M. Turinaz.

En carta dirigida á un cardenal romano, revela la explotación escandalosa de que son víctimas las huérfanas recogidas en el orfanato del Buen Pastor:

«En el Buen Pastor de Nancy, escribe, después que las asiladas han trabajado durante cinco, diez y hasta veinte años, ganando para la casa mucho dinero, se las echa á la calle sin recursos y sin cuidar de darles colocación.»

«Las sesenta jóvenes que estas religiosas han despedido durante un año, todas, exceptuando dos ó tres, á las que por mis reclamaciones y protestas se les dió una pequeña suma, fueron lanzadas á la calle en aquellas condiciones; esas infelices, á las cuales he tenido que socorrer, me han manifestado que querían llevarse á casa de prostitución. No se trata sólo de una cuestión de caridad hacia unas desgraciadas, sino de una cuestión de moralidad y de justicia, toda vez que el dinero que las religiosas emplean en sus edificios lo han ganado en su mayor parte estas pobres huérfanas. Considerado el asunto desde el punto de vista de la perdición casi fatal de esas jóvenes, hay verdaderos crímenes que claman venganza. El único fin que se proponen las religiosas es ganar dinero.»

«Haciendo más difícil la salida del convento de estas jóvenes, no dándoles un céntimo cuando lo quieren dejar, pueden las religiosas retener indefinidamente á las más hábiles y especular con su habilidad y su trabajo. Entre las labores de bordado figuran sábanas, prendas de ropa interior, camisas, etc., que son de tal lujo, precio, forma y hechura, que, según mujeres respetables á quien he interrogado, estas ropas y esta lencería sólo pueden servir para que las usen cortesanas. Ninguna mujer honrada, aun las más ricas, más elegantes y más mundanas, usan sábanas y prendas de ropa interior de aquella clase. Alguien ha hecho á la superiora del convento algunas observaciones acerca de esto, obteniendo por única contestación: Estos son los trabajos que dejan más.»

«Se obliga á trabajar á las jóvenes, ó por lo menos á gran número de ellas, más tiempo que el que permiten las leyes civiles; y cuando el Inspector del Gobierno, encargado de fiscalizar el trabajo de los niños, pide que se le franqueen las puertas de la casa, se procura que desaparezcan de las salas de trabajo las menores de doce años. A algunas se les exige que sacrifiquen durante muchos meses del año buena parte de sus horas de sueño, pretextando que se trata de un trabajo que urge y haciéndolas promesas que nunca se cumplen. Bastaría que cualquiera de las jóvenes salidas de la casa formulara una denuncia para que la autoridad civil procediese con rigor contra las religiosas.»

«Me inclino á creer que lo que pasa aquí ocu-

rre en la mayoría de las casas pertenecientes á esta congregación, tal vez en todas, porque si la de Nancy fuese una excepción de la regla, la madre provincial ó la superiora generala habrían adoptado ya, sin esperar que yo reclamase, las oportunas medidas para poner coto á los abusos que se cometen en la de Nancy; desde el momento en que hacen oídos de mercader á mis súplicas, es señal de que aprueban cuanto en ella se hace. ¿Se decidirá el Gobierno á procurar que la luz del sol de la justicia ilumine estas lóbregas cavernas? Así es de esperar.»

En España ocurre algo más que eso; sin ir más lejos, en el asilo de la Trinidad, dirigido por el Méndez y la Marianita, pareja que no sé cómo clasificar, se obliga á las jóvenes á servir hasta de mozos de máquina en la imprenta, sin que haya autoridad que intervenga.

Aun cuando no sea más que para redimir á las esclavas y esclavos del clericalismo, hay que hacer aquí un 93, corregido y aumentado.

Y si los curas no fuesen generalmente tan cortos de alcances, ellos contribuirían á prepararlo, porque á ellos alcanza también la esclavitud.

Mas prescindiremos de ellos para realizarlo. Hay que trabajar hasta por los enemigos.

Un canónigo de Badajoz va dando de casa en casa conferencias acerca de este hermoso tema evangélico:

«La venida de don Carlos, por la satisfacción que él (el canónigo) tendría al ver ahorcar á miles los liberales, desde los que comen con Silvela á los que ayunan en el campo republicano.»

Por mucha que su satisfacción fuese, no igualaría á la que yo experimentaré la mañana que oiga tocar por las calles *La Marsellesa*, con todo el aparato que su argumento requiere.

Porque aquella mañana va á venderse muy barata la carne de cerdo.

(Concedo la palabra á ese canónigo para una alusión personal).

¡Abajo una leyenda!

¡Pero cómo varía con los años el hombre menos propenso á variar!

Yo, por ejemplo, que he venido durante años y años predicando la necesidad de trastocarlo y mudarlo todo el día que la República venga, he variado tan completamente de opinión, que hoy sostengo la conveniencia de no derogar ni alterar siquiera ninguna de las leyes dictadas por los restauradores, y, lo que es más extraño todavía, aplicarlas de idéntica manera que ellos las han aplicado. Así verán que no venimos en son de venganza, sino á labrar la dicha del país conservándole unas leyes que son tan buenas.

Elegiremos las Cortes como ellos, encasillando á los amigos, é impidiendo por todos los medios la elección de los monárquicos que no nos acomode.

Pondremos la enseñanza en manos de los correligionarios. Todo catedrático monárquico será preterido, cuando no expulsado.

No se nombrará juez ni magistrado á ningún abogado que no sea republicano, y se ascenderá á los que mejor nos sirvan y secunden nuestros planes.

En el ejército únicamente estarán en activo los jefes y oficiales republicanos; los demás, ó serán perseguidos ó arrinconados.

Y así en todos los órdenes y esferas de la vida social, poniendo especialísimo cuidado en que ningún adversario tenga razón nunca, ni cuando reclame, ni cuando se querrelle, ni cuando plette. Si no la tiene, por esto; y si la tiene, para no abrumarlo con tanta carga de razón.

Con tan sencillos procedimientos, sin variar una letra siquiera de una ley, únicamente volviendo hacia nosotros lo ancho del embudo, es decir, imitando á los monárquicos, no sólo nadie podrá tacharnos de revolucionarios ni demagogos, si no que no perderemos el tiempo en discutir y dictar leyes nuevas que maldito el buen resultado que nos darían para vivir y medrar.

Por lo tanto, duerman tranquilamente los restauradores; dejaremos vigentes todas sus leyes, y se las aplicaremos en la misma forma que ellos nos las aplican, para que aprecien bien su bondad y disfruten de sus beneficios.

Acabe, pues, la leyenda de que vamos á destruirlo todo.

La prensa madrileña ha hecho grandes elogios de la duquesa de Villamejor, porque ha ofrecido al tenor Biel una espléndida pensión para que complete y afirme su educación musical en el extranjero todo el tiempo que sea necesario, con una sola condición: la de que al terminar las funciones que tiene ahora contratadas, vaya al Santuario de Guadalupe, construido á expensas de dicha señora, á cantar una salve á la vir-

gen, y que a su regreso haga lo propio en la misma iglesia.

Hace poco ese tenor dirigió a un periódico una carta que terminaba así:

«Si algo bueno hago es debido sólo a la Pilarica, protectora de los aragoneses.»

Esto era ya el colmo de la adulación a las ideas predominantes entre la plebe con dinero; pero ahora resulta falso.

En adelante tendrá ese tenor que añadir: «A la Pilarica, y a la duquesa de Villamejor.»

Y nadie comprenderá entonces cómo, contando con la protección de la primera, ha aceptado la de la segunda.

¡Qué poco respeto a sí propio va demostrando el género masculino español!

¡Pobres mujeres!

El periódico de empresa

Un periódico de empresa tiene muchas enredadas y muchos laberintos, a pesar de la simétrica igualdad de sus columnas. Si al *Ingenuo*, de Voltaire, aquel que hablaba siempre en nombre de la naturaleza y de la justicia, le presentaran un periódico de empresa y le pidieran su opinión acerca de él, comenzaría por preguntar quién lo inspiraba, cuál era la razón de su existencia, cuáles eran sus ideales; pero si con estos datos quería conocer lo que es una empresa periodística, ¡qué equivocación la de aquel cuerdo que por estarlo demasiado pasó por loco! Hay periódicos de periódicos.

Hay periódicos que nacen al calor de una idea y los inspira la pasión política o el amor a la desgracia; hay periódicos que nacen al calor de una subvención y se inspiran en el afán de la ganancia ilegítima.

El periódico de empresa no lo funda el enamorado del ideal, no existe por la necesidad de defender intereses fijos de apoyo; el periódico de empresa se funda por comerciantes tan sólo atentos al lucro. Se comienza por no darle ningún color político, ¡fuera compromisos! se titula órgano imparcial de tales o cuales intereses, y se procura primeramente que se lea, que circule, que se aumente su tirada, que se extienda como una mancha de aceite en un papel poroso.

Hasta conseguir esta secundaria finalidad, lucha por todas las causas nobles y grandes, se coloca al lado de los oprimidos, hace la oposición; y como las sirenas de la leyenda, luego de conseguida la fascinación de quien le escucha, cuando representa una fuerza, cuando dispone de un público, de una masa a quien seducir, pasa el gobierno del periódico de manos del director y redactores a manos del consejo de accionistas, y éstos piden a su dinero más y más interés.

Entonces aparece el periódico de empresa, y los iniciados pueden leer entre sus líneas, amenazador y artero, el siguiente anuncio: «Soy un poder. Bancos, empresas, Gobiernos: mi silencio o apoyo vale tanto.»

Y comienza el chantaje.

«No habéis leído en las revistas de tribunales, no conocéis por la novela y el cuento el caso del canalla que seduce a una mujer casada y rica, y en posesión de pruebas que la comprometen, pide por su silencio dinero y más dinero para satisfacer caprichos y fantasías extravagantes? Al periódico de empresa le sucede lo mismo. Vive entre culpables, tiene siempre a mano las pruebas de su culpa, y pide siempre más y más, con la sed insaciable del avaro. Y figuraros la pendiente, el delirio. Todos tienen miedo al monstruo, que con sus cien mil lenguas, como la calumnia mitológica, puede difamar, hundir reputaciones, obscurecer glorias bien ganadas, y entonces, con el temor de todos por salvaguardia, el periódico de empresa se convierte en aquel pulpo de que habla Víctor Hugo en sus *Trabajadores del mar*, y chupa y hace el vacío con sus ventosas de la administración.

El periódico de empresa mancha y corrompe todo lo que con él se relaciona; a los de dentro y a los de fuera. Es patrimonio a veces de una raza que degenera, y aquel poder, aquel monstruo, pasa por herencia a ser manejado por un imbecil, enfermo por el delirio de grandezas, que produce males sin cuento. Los redactores pasean su vanidad por entre la gente que les tributa consideraciones y respetos, suponiéndoles engranajes conscientes de mecanismo tan temido; pero son dignos de una compasión sincera. A aquellos hombres se les tuerce a diario el espíritu de justicia, se les violenta la noción de lo honrado, llevan en el cerebro el Se alquila como los coches de punto, y van donde los llevan las migajas que a regañadientes suelta la administración.

Nada más horrible que la influencia sorda y malsana del periódico de empresa. El gobernante que roba a sus gobernados los empobrece; el periódico que acostumbra a sus lectores a las sutilezas de la sinrazón, las artorías del engaño y las argucias de la mentira, los encañala. El periódico de empresa es el que forma la opinión de millares de lectores, y esa opinión no se elabora en la serena esfera de la imparcialidad, sino entre los esportillos de la administración y entre los apetitos insanos de los accionistas.

¿Queréis explicar el excepticismo político? ¿Queréis saber por qué se ve con tanta indiferencia la apostasía y la traición? Pues recordad la historia de los periódicos de empresa que han encontrado justificación para todas las evoluciones, dis-

culpas para todas las caídas, armas para defender todas las ideas, que han jugado con la sencillez y la candoridad de sus lectores, pidiéndoles hoy entusiasmo por una causa y mañana indiferencia para la misma hasta insensibilizarlos y embrutecerlos.

El periódico de empresa se llama imparcial, y con la balanza de la justicia en la mano, como Breno, echa siempre la espada en el platillo de las pesas.

¿Necesita dinero? Pues difama y calumnia a sabiendas a cualquier empresa cuyos valores se coticen en Bolsa y juega a la baja. Nada le importan las desgracias que va a causar, las lágrimas que va a hacer verter; como si la rotativa de su imprenta obedeciese en su movimiento a las mismas leyes que la rotación de los astros, el periódico aparece al día siguiente con sus columnas negras, impávido, sin entrañas...

Y a esa prensa se le llama palanca del progreso, cuarto poder, sacerdocio moderno?

Yo no sé por qué misteriosa asociación de las ideas he relacionado el periódico de empresa con el sapo de la fábula de La Fontaine, que quiso ser tan grande como el toro, se llenó de inmundicias para aumentar de tamaño y murió de un estallido.

RICARDO FUENTE

El 29 de Septiembre, aniversario de la revolución, verificóse un mitin republicano en el Circo de Colón de Madrid, acordándose nombrar una Comisión que trabajara constantemente por estrechar los lazos de unión y fraternidad entre los republicanos.

El propósito es laudable.

Un ensotinado terrible

ESCÁNDALO FENOMENAL

A cosa de las ocho regresaba anteanoche a su domicilio una joven obrera habitante en la calle de Aragón esquina a la de Aribau. La muchacha había notado que la iba siguiendo un sujeto vestido de cura, el cual se había permitido el lujo, a pesar de su traje, de dirigirse algunas frases de muy dudosa intención.

La joven obrera, ante la persecución de aquel Tenorio con sotana, apretó el paso, y al llegar a la escalilla de su casa trató de escabullirse lo más pronto posible a su perseguidor; pero éste, lejos de volverse por el mismo camino que llevaba, parece que, por el contrario, creyó llegada la más propicia ocasión para el logro de sus cristianos propósitos, y se coló en la escalilla detrás de su presa, pretendiendo, según noticias, valerse de la fuerza bruta para saciar sus ardorosos impulsos. Ante tan salvaje acometida, la muchacha empezó a dar gritos en demanda de auxilio, a los que acudió prontamente su madre y algunos vecinos y transeúntes, que bien pronto se enteraron, por las palabras de la joven, de lo que ocurría.

Entonces el cura trató de poner piés en polvorosa, pero ya era tarde para ello, puesto que algunos de los curiosos que habían llegado atraídos por las voces de socorro, se lo impidieron, cogiéndole por la sotana. El público fué aumentando y al mismo tiempo se iba esparciendo la noticia de lo ocurrido, causando el hecho la natural indignación en todos. Bien pronto se oyeron voces de ¡matarlo! y seguramente lo hubiera pasado mal el don Juan con sotana, a no haber mediado oportunamente algunos guardias municipales, los cuales, a costa de no pocos esfuerzos, lograron sacar de las manos del público al ardoroso cura. Conseguido esto, los guardias condujeron al protagonista del escandaloso suceso al cuartelillo de la calle de Sepúlveda, hasta el cual les siguió un numeroso grupo en actitud no muy tranquilizadora y lanzando gritos menos tranquilizadores todavía.

(El Diluvio, Barcelona.)

Al celebrarse hace pocos días la romería de Nuestra Señora de las Cuevas en Visfina, imagen milagrosa como ella sola, un periódico católico recordó este prodigio:

«Que pasando un pastor junto a la Basílica con una manada de toros de lidia, deslizando uno de ellos acometió al pastor con tal ligereza, que lo cogió y lo echó por alto, y que el pastor exclamó: «¡Virgen de Cuevas, asistídmelo!» y cuando se levantó vió con gran asombro que se encontraba ileso.»

Recomiendo a los toreros la devoción a esa Virgen, ahora que apenas pasa día sin que desencadenen a alguno.

Aunque, por si acaso, procuren saber torear antes de ponerse delante de los toros. ¿Quién sabe si por efecto del tiempo transcurrido, la santa imagen se habrá olvidado de hacer esta clase de milagros?

PREGUNTAS

¿Por qué no se vende El Morín en Segovia?

Porque no hay republicanos anticlericales.

Por abundar: Republicanos que figuran en hermandades y cofradías,

Republicanos que se pavonean siendo *hermanos mayores* y *mayordomos*, en esa paparrucha estúpida y falsa llamada *calorera*.

Republicanos que mandan a sus hijos a las escuelas de los misioneros, esos ingertos de fraile y jesuita,

Republicanos que educan a sus hijas con las jesuitinas (el nombre basta),

Republicanos que lucen su garbo en actos palaciegos,

Republicanos que asisten a procesiones, cirio en mano, pendón en alto ó vara de palo en ristre, y

Republicanos que transijen en entregar la *cédula de comunión* por pascua florida, con el correspondiente aditamento de huevos, pastas, embutidos ó dinero que el ensotinado recoge personalmente.

Y para concluir:

¿Por qué Barba, el excoresponsal, dejó El Morín?

Porque vendía más *Fusiles, Semanas Católicas* y demás papeluchos propios para un lugar que por lo común excuso es el nombrarlo.

¿Y aún se llaman Salmeronianos algunos republicanos de estos!

Hace esas preguntas, respondiéndoselas él, un amigo de Segovia.

A cuyas preguntas sólo tengo que añadir: En la mayoría de los pueblos de España, los republicanos son como esos de Segovia.

Por esto no ha venido la República, ni vendrá, a no ser que los monárquicos la traigan, ayudados por los que no tienen relaciones de ninguna clase con la Iglesia ni con sus ministros.

Por conducto del capellán de las Ursulinas de Tarancón se han entregado a los herederos de un tal Martínez 200 pesetas recibidas bajo sigilo sacramental.

Suponiendo que estas restituciones no sean el pez chico que se pone de cebo para pescar a los grandes, siempre resultará esto: que son católicos todos esos que roban, y devuelven cuando ya se van a morir, para ver si de este modo pueden timar la bienaventuranza eterna.

¿He dicho algo?

LÓGICA IRREBATIBLE

La escena en Sevilla durante la Semana Santa.

Dos individuos, vestidos de nazarenos, con la capelina egipcia de rizada cola sobre la cabeza, esperan que salga de la catedral una procesión, apoyados en la horquilla con que en las paradas sustentan el paso.

—¿Qué infames fueron los judíos—dice uno.

—¿Por qué?—pregunta el otro.

—Pues toma, porque crucificaron a Jesús! Te parece poco?

—Mira, en eso hay sus más y sus menos.

—¿Qué ha de haber! Fueron unos malditos, y estoy seguro de que todos están ardiendo en los profundos infiernos.

—¿Quién sabe! Y si los *probes* no pudieron hacer otra cosa?

—¿Que te digo que esa judía no tiene perdón! ¿Que no!

—Escucha tú y no seas tan *zúpito*. ¿Para qué vino Jesucristo al mundo?

—Eso cualquiera lo sabe: para redimirnos con su pasión y su muerte.

—¿Según eso, tenía que morir?

—¡Está claro!

—Pues entonces, alguno tenía que matarlo ¡pedazo de borrico!

—Pues mira, Curro, no había caído yo en eso.

—Conque, Manolo, da gracias a los judíos, que si no es por ellos, ó nos quedamos sin redimirnos, ó tenemos que hacer esa muerte nosotros los cristianos.

Al ciento por uno

Con este título se publica en *La Semana Católica* de 1.º del corriente este anuncio:

«Para una fundación industrial de la *mayor gloria de Dios*, se necesitan dos cosas: una casa amplia en Madrid, en sitio céntrico, ó próxima al paso de alguno de los tranvías, ó en su defecto, solar para edificarla, y un capital en metálico para el desarrollo de la obra.»

«La persona ó personas que se sientan con ánimo generoso para dar, ó prestar, una ó ambas cosas, que se dirijan al director de nuestra Revista.»

Y en vista de ese anuncio, escribo:

Señor director de *La Semana Católica*: Empiezo dando a usted las gracias por el anuncio inserto en su Revista, pues en él he encontrado la clave para resolver un problema que, por lo indescifrable, há tiempo me preocupaba.

Paseo un capital que me he propuesto acrecer, para que, al desaparecer yo del mundo de los vivos, quede a mi familia algo en bienes ó rentas con qué atender a su subsistencia; pero el proyecto de presupuesto de nuestro ministro de Hacienda me hace desistir de tal empeño, pues según la perspectiva que aquel presenta, preveo que al cabo de pocos años se habrá comido el Estado capital é intereses, y mi pobre familia quedará a pedir limosna.

Pensé muchas veces prestar mi capital, no al ciento por uno, como usted promete, sino al uno por ciento, ó menos si era posible, a tanto pobrecito jornalero que vive al día exclusivamente del producto de su trabajo, y que los domingos y días de fiesta de guardar carecen de jornal con que dar de comer a sus hijos, si, como cristianos, han de observar el descanso dominical que tanto recomienda nuestra santa madre la Iglesia; pero aconsejérmelo mis amigos que no hiciese tal, porque, aun siendo muy laible mi pensamiento por lo que respecta a la *mayor gloria de Dios*, no podría sacar de apuros con mis préstamos a los pobres jornaleros que, a ser cierto lo que los católicos dicen, dedican los días de fiesta a emborracharse, yendo a dar con sus cuerpos en las delegaciones de vigilancia y algunos en la cárcel Modelo; aun cuando haya quien asegure que a muchos de ellos, al ser conducidos a la cárcel, hay que propinarles una taza de caldo y algún alimento en vez del amonico, debido a que en los días de descanso dominical descansan también sus estómagos.

Oídos tan diversos pareceres, resolví esperar mejores tiempos, y hoy viene usted a dar solución a mis dudas, satisfacción a mi esperanza.

Se habla en su anuncio de *fundación industrial*, y supongo, por tanto, que en ese nuevo establecimiento no se despacharán indulgencias ni breves, puesto que este negocio está reservado para

la fábrica de la calle del Nuncio en esta Corte; mas presumiendo que se trata de fabricación de chocolates, galletas, pastas, bebidas de todas clases y demás comestibles y bebestibles no sujetos al pago de contribución industrial, como es costumbre en las fábricas católicas ó conventuales, en cuya industria puedo prometerme ese ciento por uno que usted ofrece, pongo desde luego a su disposición todo mi capital y seguramente el de mis compañeros, y hasta la casa que poseemos, que es amplia, capaz, inmediata al paso de tranvías y en el punto más céntrico de Madrid.

Veo, señor director, que está usted ya impaciente por saber dónde está el capital y la casa, que con mis disquisiciones me he olvidado de señalar. El capital lo tiene usted en los quince ó veinte millones (en los cuales tengo parte) que el Estado adeuda a los pobres repatriados de nuestras colonias, perdidas por causa de vuestros amigos los que se visten por la cabeza; la casa es... el ministerio de la Guerra.

De usted afectísimo, hasta que nos encontremos en el otro barrio, S. S. Q. S. M. B.

UN HIJO DE LA PATRIA

Madrid y Octubre 1899.

En la cárcel de Barcelona son atropellados bárbaramente los que, por no profesar religión alguna, se niegan a oír misa.

Alabo su entereza, pero creo que no debieran sufrir disgustos por eso. ¿Qué más les da pasar allí media hora, que en otra parte cualquiera?

El oír misa es muy higiénico. Que se lo pregunten a todos los ladrones que, por oír la y aparentar religiosidad, pululan por esas calles.

Ensayos inquisitoriales

Magdalena Dugas, francesa, se halla en la cárcel en Barcelona, é incomunicada, porque las *cuñadas* de la Caridad la consideran hereje y endemoniada y se han agarrado a no sé qué pretexto para encerrarla.

Después de pasar un mes en un calabozo, se halla ahora en la enfermería gracias a la energía del médico de la cárcel, pues sor Juana, la Superiora, se oponía tenazmente, diciendo que de ninguna manera podía salir del calabozo, pues en él debía consumirse. Hay que advertir que el médico es carcarda.

Pero en la enfermería, en vez de ocupar una de las muchas camas vacantes, la han encerrado en la habitación destinada a depósito de cadáveres.

Los clericales van estableciendo poco a poco la Inquisición. Ensayan en los infelices y desamparados los martirios y los tormentos, se convencen de que nadie les va a la mano, y avanzan, avanzan...

Pero, señor, y esa prensa de gran circulación ¿qué hace? ¿No comprende que hasta para ganar dinero hay que ponerse de parte de la justicia?

Ese obispo que me amenaza con tormentos incabables en otra vida, no puede ni sospechar lo que yo me alegraría de que la hubiese. De seguro tendría reservado uno de los sitios de preferencia en la mansión escogida.

¿Por qué? Porque allí, a poca justicia que imperara, sería recompensado todo hombre que no hubiera vivido en ésta de la farsa y la mentira, ni traficado con lo que no estaba en su mano conceder, ni aprovechándose del trabajo ajeno, ni cerrado los ojos egoístamente ante la miseria de sus hermanos, y en cambio hubiera sido sincero y procurado ser justo, sin subordinar nunca la verdad al propio interés, ni explotado creencias de que en el fuero interno se burlase.

Condenado a muerte el ateo Chaumette con su compañero el obispo Gobel, que abjuró y le invitó a seguir su ejemplo, respondió: «Muere en tu creencia; yo moriré en la mía. Si hay un Dios, podrá perdonarme faltas cometidas de buena fe; pero no me perdonará una mentira engendrada por el miedo.»

Soy en esto de la misma opinión que Chaumette.

A grandes males...

Otra larga relación de honrados *regeneradores* (?) del comercio, ha publicado *El Boletín del Ayuntamiento*. Por ella se ve que vivimos verdaderamente de milagro.

Dos albañiles que trabajaban en una obra en construcción en la calle de Monte Esquina compraron el lunes último *dos onzas* de boquerones en una tienda de la calle de Génova. Momentos después fueron llevados a la casa de Socorro del distrito, intoxicados y con vistas al cementerio del Este. ¡Y eso que sólo comieron dos onzas entre los dos! Si llegan a correrse hasta el cuarterón, a ésta fecha están más podridos que muchos alimentos de los que vende esa canalla.

El juzgado entiende en este asunto, pero no en los demás casos denunciados; lo cual es una lástima, pues deberían estar ya procesados y en la cárcel todos esos envenenadores con patente.

Por más que esto no es ya bastante, pues como dije en el número anterior, debería colocarse un cartel a la puerta de cada uno de esos *mataderos clandestinos*, para que el público huyese de ellos, y meter en la cárcel a los criminales, alimentándose exclusivamente con las materias putrefactas que venden.

Tampoco debería aguardarse a que ellos cerrasen sus tiendas en son de protesta por los impuestos, sino cerrárselas antes por ladrones y aspirantes a asesinos; haciendo lo mismo con los que roban en el peso y la medida.

Que no va a estar una población como Madrid á merced de unos bandidos tan vulgares, tan empedernidos y ¡ay! tan sucios. A grandes males, grandes remedios.

Primera amonestación

Celebróse el día 23 de Septiembre en Granada (Cáceres) una boda, á la que asistió el pueblo en masa por las muchas simpatías de los contrayentes.

El 24, y siguiendo una costumbre del pueblo, se reunieron unos ochenta de los concurrentes á la boda, dirigiéndose á las casas de los padrinos, los esposos y los padres de éstos; aquí les dieron un jamón, que cogaron de un palo, y al toque del tamboril lo pasearon, subiéndolo y bajándolo para que se divirtiesen los chicos, y comiéndoselo después en paz y regocijo.

¿Cuál, pues, no sería la sorpresa de todos, al verse citados al día siguiente á un juicio de faltas por el cura, á pretexto de que habían cometido un acto irrespetuoso contra la religión? Siendo tanto mayor su sorpresa, cuanto que en Granada todos guardan á la religión el mayor respeto.

Si á alguno hay que exceptuar de esta regla es al cura, que olvidándose de su estado, apenas para en el pueblo por asistir á todas las corridas de toros que se verifican en los comarcas; por pasarse las horas tocando la guitarra para que cante flamenco su criada, ama, sobrina ó lo que sea; por asistir á los bailes públicos de sotana ó balandrán, abanicando con mucho mimo á las chicas, por lo cual estuvo á pique de que un joven le acariciase la gota después de haberle llamado torero, titiritero, y no sé qué más; siendo tan grande su afición á la jarana, que en una ocasión, hallándose de baile en casa del maestro de escuela, se le olvidó rezar á la hora debida, y tuvieron que habilitarle una habitación para que lo hiciese, volviéndose al baite después, y eso que eran más de las doce de la noche.

Es decir, que un cura tan alegre y macareno, que sólo vive á gusto entre mozas, toros y jueras, quiere aparentar que vela por la religión demandando á los vecinos que honestamente se divierten...

Contenga un poco ese celo de guardarrapia por defender la religión que nadie ofende en Granada, ó vamos á descubrir tales cosas, que no tenga más remedio su obispo que tomar cartas en el asunto.

Y esta es la primera amonestación.

En el ventorro de Fuente de la Rana, provincia de Avila, han sido asesinadas una mujer y un niño de dos años. Ella recibió nueve tremendas puñaladas, siete mortales de necesidad, y el niño ocho, tres mortales, y atravesándole por completo el corazón una de ellas.

No se sabe quién es el autor, pero de seguro que si se averigua, y lo prenden y lo condenan á muerte, se confiesa y comulga como perfecto católico.

La religión del 'Katipunan'

(APUNTES PARA UN ENSAYO DE TEODICEA FILIPINA)

IX

COSMOGONÍA Y GÉNESIS

Los filipinos tenían adelantadas ideas de la astronomía, hablando relativamente; sabían que la luna influía en la tierra, como, por ejemplo, en las mareas y enfermedades; pero creyendo ellos que el sol, la luna, los cometas y otras estrellas eran grandes factores en la naturaleza, no podían menos de adorarlos como semi-dioses.

De la creación tenían los filipinos ideas completamente darvinistas, contribuyendo á ello el hecho de que en aquel país abundan vegetales y minerales que se parecen mucho en las formas al hombre y á los animales.

Entre los locanos y demás filipinos de las costas es general el dicho ó la creencia de que algunas razas montes del interior llevan rabo, si bien debo advertir que esto no lo ha podido comprobar cuando he pasado algún tiempo con ellos en Abra. Así se comprende que el gran viajero Wallace, que había estudiado las razas del Extremo-Oriente y sus tradiciones, coincidiese con las atrevidas opiniones de Darwin, que al fin ya van triunfando en el mundo ilustrado y que aceptan ya hasta sabios arzobispos católicos. Pero no hay que confundirlos con las exageraciones de Haeckel y otros darvinistas exaltados.

Los filipinos creían que primero existieron el agua y la tierra, de la tierra brotaron después las plantas, y de las plantas nacieron los animales y peces.

Sin dificultad alguna comprendemos que ellos creyesen que de la tierra brotaron las plantas. Lo que debemos explicar es el motivo que tenían para creer que los animales y peces pudiesen nacer de las plantas.

Pues bien, en Filipinas es muy frecuente encontrar en los huecos (al parecer cerrados) de los árboles toda clase de bichos, y lo singular es que al abrir los caños del bambú, cuyo interior no tiene comunicación visible con el exterior, se suele encontrar algún pez de regular tamaño, de los llamados *buan-buan* ó *bulan-bulan*, á pesar de estar lejos de los ríos.

La historia (1) refiere que los antiguos filipinos conservaban la siguiente conseja sobre la creación del Universo.

En un principio no había más que cielo y agua y entre ellos volaba sin cesar un milano que pudiera ser el símbolo del espíritu de *Babalala*; buscaba al parecer donde pudiera posarse, y no hallándolo, revolvió el agua, la cual en enredadas olas se levantó contra el cielo.

Temiendo que el elemento líquido lo sumergiese, lo cargó de islas, para que el peso de estas le obligase á estar quieto y para que él tuviese donde anidarse.

Y estando el milano en la playa, las olas arrojaron á sus piés un trozo de caña-bambú compuesto de dos cañutos. Lo abrió á picotadas y de un cañuto salió un varón y del otro una mujer. Estos fueron su Adán y Eva.

Los locanos conservan aún la leyenda de dos gigantes *Angigala* (varón) y *Aran* (mujer), cuyo origen no se menciona; probablemente, los mismos salidos del trozo de caña, porque los locanos suelen decir que los hombres que no han nacido de mujer, han salido de una caña. Según dicha leyenda...

(1) Véase «Labor Evangélica» del jesuita Colín, y otras obras.

(Continuando...)

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Ante la proximidad de la guerra acordó que se trasladaran las Cortes y el rey á Sevilla, y así se verificó el 20 de Marzo, llegando á su destino el 11 de Abril y reanudando las Cortes sus tareas el día 23.

A todo esto los franceses habían entrado en España el día 7 sin declarar la guerra, previa solamente una insolentísima proclama del duque de Angulema. Las Cortes respondieron desde Sevilla declarando la guerra á Francia y tomando varias disposiciones encaminadas á sostenerla, y el mismo día un Manifiesto á la nación entusiásticamente liberal. En él decía:

«A la restauración del sistema constitucional en el imperio español, le dan las potencias de la Cuádruple Alianza el nombre de insurrección militar; á mi aceptación llaman violencia, á mi adhesión cautiverio, facción, en fin, á las Cortes y al gobierno que obtiene mi confianza y la de la nación, y de aquí han partido para decidirse á turbar la paz del Continente, invadir el territorio español, y volver á llevar á sangre y fuego este desgraciado país.»

Y añadía: «No es la Constitución el verdadero motivo de la injusta guerra que se nos hace; lo es, sí, el deseo manifiesto y declarado de disponer de mí y de vosotros á su arbitrio; lo es, el atajar vuestra prosperidad y vuestra fortuna; lo es, el querer que España vaya siempre atada al carro de su ostentación y poderío; que se llame reino en el nombre, y que no sea en realidad más que una provincia perteneciente á otro imperio; que no vivamos, ni existamos sino por ellos y para ellos.»

Con los soldados franceses entraron en España Eguía, Eroles, Calderón y Erro, que constituían la Junta provisional. Eroles continuó al frente de sus voluntarios; los otros tres se instalaron en Oyarzun. A esperar á los franceses llegaron las facciones realistas en número de 35.000 hombres, mandados, los navarros por el conde de España, los vascos por el general Quesada, y los catalanes por Eroles. Entre estos facciosos, y formando su vanguardia, marchaba un número considerable de curas y frailes, sobre todo de frailes, con el sable ceñido sobre los hábitos ó la sotana, en la cintura un par de pistolas, y no pocos con el trabuco ó el retaco sobre el brazo.

Y aquellos degradados españoles no tenían en cuenta que los franceses pasaban por España como tempestad asoladora talando campos, destruyendo fábricas, matando industrias, profanando templos, robando museos y archivos, incendiando monumentos de tan gran valor artístico como el monasterio de San Juan de los Reyes y el alcazar de Toledo.

No entra en mi propósito hablar de las acciones de guerra que los liberales libraron contra franceses y realistas, y por lo tanto, me ceñiré á los incidentes puramente políticos.

Cuando los franceses entraron en Madrid (23 de Mayo), la chusma realista les recibió con vitores, cauciones populares y otras demostraciones de júbilo, desecandándose contra los constitucionales, excitada por una parte del clero que la animaba á cometer inicuities atentados ó que los celebraba con felina sonrisa. «Tolos, y son franceses de un historiador, los que no habían figurado en las filas de las facciones, ó mezclándose en las tramas y conspiraciones urdidas por el fanatismo, sufrieron insultos y vejaciones de las heces del vulgo, á cuya cabeza se colocaron los frailes más obscuros y enérgicos. No valía haber sostenido el orden, obedecido pasivamente las leyes y cumplido los decretos del rey mismo, á quien invocaban; llamaban negros á cuantos no profesaban sus principios de intolerancia y desvario; en algunos puntos los apedreaban como á fieras; en otros, marchaban las puertas de sus casas, escupían á sus familias y maltrataban hasta á los inocentes niños. Bastaba á las señoras usar un lazo, una flor verde ó morada, colores anatelmados por los facciosos, para verse públicamente afrontadas y quizá heridas y rasgado el objeto de la rabia.»

Angulema nombró en Madrid una Regencia, compuesta de los duques del Infantado y de Montemar, obispo de Osmá y Gómez Calderón, con el fin de mantener la paz interior é impedir las persecuciones y los excesos; mas apenas instalados en el palacio de la plaza de Oriente se mostraron tales cuales eran: brutalmente absolutistas.

La Regencia dejó en suspenso ó derogó muchas leyes, declaró nulas las ventas de los bienes nacionales y vinculados, volviendo á poder de los frailes ó de los señores los vendidos, sin devolución del precio en que se hizo la compra.

Las autoridades por esta Regencia nombradas se encarnizaban con los liberales; crearonse las Juntas de purificación y se procuró por todos los medios, no el castigo, el exterminio de los liberales. Aquellas persecuciones avergonzaron al duque de Angulema, que dictó en Andujar una ordenanza para reprimirlas, mas contra ella se sublevaron los regentes y los cabeceles realistas. La ordenanza les fué este articulado:

Art. 1.º Las autoridades españolas no podrán hacer ningún arresto sin la autorización del comandante de nuestras tropas en el distrito en que ellas se encuentren.

Art. 2.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército podrán en libertad á todos los que hayan sido presos arbitrariamente y por ideas políticas, particularmente á los milicianos.

Art. 3.º Quedan autorizados los comandantes en jefe de nuestro ejército para arrestar á cualquiera que contravenga lo mandado en el presente decreto.

Art. 4.º Todos los periódicos y periodistas quedan bajo la inspección de los comandantes de nuestras tropas.»

¡Qué vergüenza! Aquellas tropas, que habían venido á representar los acuerdos absolutistas de la Santa Alianza, acabaron por parecer liberales y ponerse al servicio de la libertad ante los furiosos de los imbéciles absolutistas.

El decreto de Angulema llenó de rabia y despecho á los individuos de la Regencia realista; y aun cuando aquél tuvo que transigir modificándolo, ya había producido muchos bienes, pues los comandantes franceses, enemigos de la crueldad y la intolerancia, se habían apresurado á romper los cerrojos de las cárceles; y además produjo una inesperada disposición de los regentes, mandando á los pueblos (á los realistas) que se contuviesen en su celo de hacer prisiones.

Al tenerse noticia en Sevilla de que los franceses habían atravesado sin dificultad las gargantas de Sierra Morena, las Cortes acordaron trasladarse con el rey á Cádiz, como punto más seguro. El rey se opuso, porque seguía entendiéndose con Angulema. Entonces Alcalá Galiano, comprendiendo que era preciso un golpe de audacia, pues no quedaba otro medio que el de entregarse corradamente á los franceses ó rebelarse contra el rey, tomó la palabra en las Cortes y dijo:

«No queriendo, pues, S. M. ponerse á salvo, y

pareciendo más bien á primera vista que S. M. quiere ser presa de los enemigos de la patria, S. M. no puede estar en el pleno uso de su razón: está en un estado de delirio, porque ¿cómo de otra manera suponer que quiere prestarse á caer en manos de los enemigos? Yo no creo, pues, que ha llegado el caso que señala la Constitución, y en el cual á S. M. se le considera imposibilitado; pero para dar un testimonio al mundo entero de nuestra rectitud, es preciso considerar á S. M. en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero, pues no puede inferirse otra cosa de la respuesta que acaban de oír las Cortes. Por tanto, yo me atrevo á proponer á éstas que, considerando lo nuevo y extraordinario de las circunstancias de S. M. por su respuesta, que indica su indiferencia de caer en manos de los enemigos, se suponga por ahora á S. M., y por un momento, en el estado de imposibilidad moral, y mientras, que se nombre una Regencia que reasuma las facultades del poder ejecutivo, sólo para el objeto de llevar á efecto la traslación de la persona de S. M., de su real familia y de las Cortes.»

(Continuad.)

En los mensajes á la Regente y al gobierno, los obispos reunidos en Burgos se limitan modestamente á pedir que sea perseguido y exterminado todo el que huela á liberal, porque dicen que combaten á la Iglesia.

¿Pero os preocupáis de eso, hermosos? Entonces es que desconfiáis de Cristo.

Si á mí, tan impío como soy, me dijese un hombre del poder que atribuí á Cristo: «cuenta conmigo», como él os ha dicho á vosotros: «no abandonaré mi Iglesia», lo mismo se me importaría de ver á todo el mundo en contra mía, que de las misas que habéis dicho esta mañana: lo que se llama ni un pitoche.

De lo cual resulta, que además de caraduras, sois hombres de poca fe.

¿Pero que teologazo me voy volviendo!

¡HURRA, TÍO CHAPA!

Pero ¿qué haces, Carlitos? (Como también llaman Carlitos al buchi, verdugo, debo advertir que me dirijo á Chapa.) ¿Qué haces que no ordenas á tus hordas echarse al campo? Tí, el que ofreció ponerse á retaguardia de nuestros soldados si huían en Cuba; tú, que prometiste alzarte en cuanto se firmara el tratado de paz, ¿qué haces?

Te advierto que en vez del rey de las selvas, me vas resultando un rey de baraja. Mala es la fama de cruel y sanguinario, pero la de bufo es peor.

¿Por qué no te aprovechas de los arranques bélico-cómico-eclesiásticos del Congreso de Burgos, para ordenar ese levantamiento tan cacareado? ¿Por qué, nombrando antes generales al Braña y al Peyrolon y al Carulla, no te lanzas al campo, para asombrar al mundo con la segunda edición de Oroquieta?

Con el Toisón colgado al cuello... ¿Pero qué digo? ¡Infeliz memoria la mía! ¿Pues no había olvidado que vendiste el Toisón para perentorias necesidades vinícolas y amorosas?

Sin Toisón, pues, al cuello, y montado en soberbio alazán, ¿quién te verá de nuevo escapar heroicamente hacia la frontera, sin cuidarte de si tus partidarios quedan tendidos ó caen prisioneros?

Lánzate pronto, Carlitos, lánzate, que el mundo está ansioso de contemplar tu bravura en los momentos sublimes de volver grupos al peligro, y nosotros los liberales deseando que lances el grito de guerra en el campo, para acabar en las poblaciones con toda la chusma, tensurada ó sin tensurar, que trate de convertir otra vez á España en teatro de crímenes y felonías.

Porque si creéis que ahora va á ocurrir lo que en la última guerra, buen chasco vais á llevaros. Por cada crimen que cometáis, haremos nosotros diez justicias. Y en gente gorda.

Conque á las matas, Carlitos.

En Pamplona han sido multados, y embargados por no pagar la multa, varios comerciantes que no quisieron cerrar sus tiendas en día festivo.

Me alegro; así aprenderán para lo sucesivo que eso de Constitución, leyes y derechos es letra muerta en España.

Aquí no manda nadie más que los curas, y á los curas no les conviene que haya en los días festivos abiertos otros edificios que aquellos en que cumplen su misión divina á cambio de viles y despreciables pesetas.

Cosas Literarias y Artísticas

EL BAUTIZO

Delante de la puerta de la granja los hombres esperaban con sus trajes de día de fiesta.

El sol de Mayo vertía su luz clara sobre los manzanos de copas redondas como grandes ramas blancas, rosados, perfumados y que dejaban caer en el patio una alfombra de flores sembrando á su alrededor sus pétalos menudos, que revoloteaban cayendo sobre la hierba donde las amapolas brillaban como llamas. Los albaricoques parecían gotas de sangre.

Una cerda estaba sobre el estiércol, con su vientre enorme, las tetas hinchadas, mientras que una tropa de cochinitos andaba alrededor, con sus rabitos enroscados á modo de cuerdas.

De pronto, allá abajo, detrás de los árboles de la granja, la campana de la iglesia repicó. Su voz de bronce lanzaba en el espacio alegre un llamamiento débil y lejano.

Las golondrinas cruzaban como flechas á través del espacio azul que encerraban los altos álamos inmóviles. Olor de establo llegaba á veces, mezclado al dulce olor de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban delante de la puerta se volvió hacia dentro y dijo:

—Vamos, vamos, Melina, que tocan. Teña aquel hombre unos treinta años; era un campesino á quien los trabajos del campo no habían aminorado.

Un viejo, su padre, nudoso como un tronco de encina, con las muñecas gruesas y las piernas torcidas, añadió:

—Las mujeres no están nunca á la hora. Los otros dos hijos del viejo se echaron á reír y dijeron á su hermano mayor:

—Anda á meterles prisa, Hipólito. Y el joven entró en la casa.

Una bandada de patos parada cerca de los campesinos comenzó á graznar, batiendo las alas; después marchó hacia el estanque con paso lento y acompasado.

Entonces, en la puerta que estaba abierta, una gruesa mujer apareció con un niño de dos meses.

Las blancas cintas de su gorra le caían sobre un puelo encarnado, brillante como un incendio, y el chiquillo, envuelto en mantillas blancas, reposaba sobre el grueso vientre de la mujer.

Después la madre, alta y fuerte, salió á su vez; era una chica de unos dieciocho años, fresca y sonriente, cogida del brazo de su hombre. Y las dos abuelas venían detrás, arrugadas como manzanas maduras.

Una de ellas era viuda; tomó el brazo del abuelo, que estaba ante la puerta, y marcharon á la cabeza del cortejo, detrás del niño y de la madrina. El resto de la familia los seguía: los más jóvenes llevaban cartuchos de papel llenos de confites.

Los chiquillos subían sobre los vallados; algunas personas aparecían detrás de las cercas; las criadas de las granjas se quedaban paradas entre dos cubos llenos de leche que dejaban en el suelo para ver pasar el bantizo.

La madrina, triunfante, llevando su fardo viviente, evitaba los charcos de agua en los caminos pantanosos que había entre los taludes plantados de árboles.

Los viejos marchaban con cierta ceremonia, un poco encorvados por la edad y los dolores, y los jóvenes con ganas de bailar miraban á las chicas, y el padre y la madre andaban gravemente, muy serios, siguiendo á aquel niño que los reemplazaría más tarde en la vida, que continuaría en el país su nombre, el nombre de los Dentu, tan conocido en el cantón.

Desembocaron en la llanura y tomaron una vereda para evitar el rodeo por el camino.

Se veía ya la iglesia con su campanario puntiagudo, y una abertura que atravesaba hasta el techo de pizarra, y algo moviéndose allí dentro, yendo y viniendo con un movimiento vivo, pasando y repasando detrás de la estrecha reja; era la campana, que seguía llamando al recién nacido para que entrase por primera vez en la casa de Dios.

La puerta de la iglesia estaba de par en par. El cura, un hombrón de cabellos rojos, delgado y fuerte, un Dentu, que también era tío del niño, como hermano del padre, esperaba delante del altar, y bautizó á su sobrino Próspero César, que lloró al gustar la sal simbólica.

Terminada la ceremonia, la familia esperó en el umbral mientras el cura se quitaba la sobrepelliz; después se pusieron en marcha muy deprisa, porque aguardaba la comida. Toda la chiquilería del país los seguía, y cada vez que les tiraban un puñado de confites, había una pelea furiosa, una lucha cuerpo á cuerpo con cabellos arrancados.

La madrina, un poco cansada, dijo al cura, que iba á su lado:

—Dígame usted, señor cura: ¿querría usted coger un puequito á su sobrino, que no puedo con él?

El cura cogió al niño, cuya falda formaba una mancha sobre la sotana negra, y lo besó, sin saber qué hacer con aquel ligero fardo, pues no acertaba con la manera de tenerlo ni de colocarlo. Todos se echaron á reír. Una de las abuelas le dijo:

—¿No te da pena pensar que tú no tendrás otro como ese?

El cura no respondió; andaba á largos pasos mirando fijamente al puequito, y levantándolo hasta su cara, lo besaba con ternura. El padre le gritó:

—Dí tú, cura; si quieres uno, no tienes más que decirlo.

Y todos se echaron á reír y se pusieron á bromear como bromean las gentes del campo.

Cuando se sentaron á la mesa, la pesada alegría campesina estalló como una tempestad; cada uno decía una gracia; algunas resultaban de tal color, que las chicas se ponían coloradas y los hombres se desternillaban de risa.

El cura, acostumbrado á aquello, estaba tan tranquilo sentado al lado de la madrina, acariciando con el dedo la boquita de su sobrino como para hacerle reír.

Parecía sorprendido á la vista de aquel niño, cual si no hubiera visto ninguno hasta entonces; miraba con gravedad pensativa, con ternura desbordada en el fondo de su alma, ternura desconocida, singular, un poco triste, á aquel puequito ser, frágil, hijo de su hermano; estaba mudo delante de aquella larva de hombre, como ante un misterio inefable en que nunca había pensado, misterio augusto y santo, la encarnación de un alma nueva, el gran misterio de la vida que comienza, del amor que se despierta, de la raza que continúa, de la humanidad que marcha siempre.

La madrina comía un poco separada de la mesa, porque al niño le molestaba, y el cura le dijo:

—Démele usted; yo no tengo gana.

Y lo cogió. Entonces todo desapareció á su alrededor, y quedó con los ojos fijos en aquella carita rosada y gruesa. Poco á poco el calor de aquel cuerpecito, atravesando las mantillas y la sotana, le llegaba á las piernas, penetrándole como una ligera caricia muy casta, una caricia deliciosa que le llenaba de lágrimas los ojos.

El ruido de los comensales se hizo tan fuerte, que el niño rompió á llorar, y una voz gritó:

—Vamos, curita, dale el pecho.

Y una explosión de risas acogió la ocurrencia. La madre se levantó, y tomando al puequito le llevó á otro cuarto. Poco después salió diciendo que quedaba dormido en su cuna.

La comida siguió hasta la noche; el cura desapareció y nadie notó su ausencia.

La madre entró á ver si el niño dormía, y salió muy asustada diciendo que allí había alguien, que sonaba una cosa. Todos los hombres se levantaron en tumulto, ébrios y amenazadores, y el padre con una luz en la mano entró resueltamente.

El cura, de rodillas al lado de la cuna, sollozaba con la frente sobre la almohada donde reposaba la cabeza del niño.

GUY DE MAUPASSANT

MAS PALOS AL VOTO

Buen mozo, de libras y como de cuarenta años de edad, tal era el presbítero que

Ayuntamiento de Madrid

hace pocas noches, y en una calle de Barcelona, discutía con dos mujeres, madre é hija; ésta llevaba en brazos una criatura.

La abuela hablaba en alta voz, la madre con voz entera, el cura había puesto sordina á la suya, y el niño berreaba á menado.

Los tres primeros manoteaban que era un gusto. A lo mejor la abuela (jamona de buen ver todavía) cogía al cura por la sotana, lo zarandeaba violentamente, parecía querérselo comer con los ojos, y... «¡Lo que ha hecho usted con la niña es una infamia!», le decía señalando á la joven.

El de negro balbuceaba, procuraba convencer y sobre todo huir; mas en cuanto ella veía que trataba de tomar el olivo, lo agarraba por la sotana, impidiéndole todo movimiento. El cura sudaba tinta.

—¡Hable usted bajo, por Dios, Rafaela! Todo se arreglará. Evitemos un escándalo.

—Usted reconoce al niño, ó le arranco los ojos.

—¡Pero si no es posible, Rafaela! ¡Mis hábitos!...

—¡Le estorbaron los hábitos para causar el daño!

El cura calló. La joven, más humana, le dijo:

—Mira, Joaquín, yo no pido imposibles; ya sé que no puedes reconocer al niño; eso son locuras de mamá; pero como sigas desatendiéndolo, diré á la justicia lo que eres, y de qué modo me engañaste.

Debí contestar el clérigo alguna inconveniencia, por que la jamona pronunció una frase brutal y grosera que regocijó á los curiosos y los hizo intervenir en la discusión, poniéndose de parte de las faldas femeninas.

Ellas con aquel refuerzo se envalentonaron, se ericieron y en poco estuvo que no pusieran sus manos en la jeta de la sagrada persona. Y claro debió ésta verlo, cuando dió un empujón á su suegra y echó á correr calle abajo con velocidad galguna, al compás de los dieterios y silbidos que el público y la madre y la abuela del roro le lanzaban.

¿Debemos culpar al cura? No; á la Iglesia, que para sus fines de dominación y acaparamiento de riquezas pone á los curas en el dilema terrible de separarse de ella ó ser unos miserables.

Ese cura, como casi todos, harían honradamente la vida de familia, sin el absurdo voto de castidad, que sólo cumplen los que por cualquier circunstancia agena á su voluntad no pueden ya faltar á él.

Todo lo abarca el progreso

I

A la puerta del ventorro, sentados bajo el parral que con sus pámpanos verdes movizada sombra da, comiendo un plato de migas, en santa fraternidad está la cuadrilla toda del señor Quico el Pardal. Famosa por sus hazañas en el arte de robar á campo abierto, y luchando con cuantos peligros hay, es dueña de la comarca, y reina de modo tal, que la agasajan las gentes por donde quiera que va.

II

Cuando en la fuente quedaban las cucharas nada más y ya sin alma la bota estaba para expirar, subiendo por la vereda que viene de la ciudad apareció el señor Quico sobre un hermoso alazán.

III

—A la paz de Dios, señores—, dice el bandido al llegar, y—A la paz de Dios—responden con respeto los demás. Y después de echar pie á tierra y un trago al cuerpo, y limpiar con el dorso de la mano su barba, canosa ya, así dice á su cuadrilla con un tono paternal: —Hijos míos, el progreso es ley de la humanidad, y lo veréis adelante donde quiera que vayáis. Nosotros los bandoleros, para ganarnos el pan, hemos vivido hasta ahora sin dormir ni descansar, aquí huyendo, allí matando de frente, en lucha campal, siendo fieras, cuando somos hombres como los demás. En este tiempo eso es cosa que no pega, la verdad. Así, la ley del progreso que debemos acatar, ha cambiado nuestro oficio de manera radical. Lo veréis si en lo que pasa en toda Europa os fijáis; unos, muy piadosos, fundan un asilo ú hospital, lo administran y se comen los enfermos además; los otros, más atrevidos, forman una sociedad para hacer cambiar el mapa ó para otro asunto igual;

valientemente los menos, cobardemente los más, se lucran á costa ajena y viven en santa paz. Conque así, queridos hijos, marchemos á la ciudad, y poniéndonos levita, ó abrigo de piel ó frac, y abandonando el trabuco, que de nada sirve ya, vamos todos á ser unos caballeros, y... á robar.

José ESTREMER

Leo en los periódicos de gran circulación:

IMPORTANTE A TODOS

Curación (sin médico) de toda enfermedad rebelde y de la impotencia, debilidad genital, esterilidad, venéreo, sífilis. Conseguir embarazo las casadas, evitarlo las solteras y potencia los varones hasta la vejez; con agua, plantas, raíces y semillas medicinales, cada uno por sí mismo. Descubrimiento de Mr. Saumk. Remite explicación gratis en carta con sello. B. Martín León, Estación, 6, MANZANARES (Mancha).

Después de leer anuncios de éstos, se comprenden los escrúpulos literarios de esos periódicos que se niegan á insertar una palabra equivocada en punto á moralidad.

¿Pero cuánta mentira y cuánta hipocresía por todas partes! Este es un nuevo diluvio; no de agua, de... (Aquí la palabra más sucia de las que empiezan con M.)

¡POR AQUÍ, POR AQUÍ!

El teniente alcalde del distrito del Hospicio ha entregado á los tribunales á los siguientes honrados con patente:

José Vázquez, ultramarinos, Hortaleza, 102.—Té negro adulterado, nocivo, teñido con sal sulture de manganoso.

Doroteo Alameda, Eguilaz, 2.—Tres kilos y medio de embutido en mal estado y grasas oxidadas.

Julian Rodríguez de Celis, ultramarinos.—Té negro adulterado, nocivo, sustancias extrañas y materiales minerales.

Mi enhorabuena más entusiasta á ese teniente alcalde.

Lo único que me preocupa, si sigue por ese camino, y dan otros en imitarle, es dónde van á ser encerrados tantos horteras envenenadores como hay en Madrid.

Y no digo nada si diera también en enchiquitarse á los que roban en el peso y la medida. Se necesitarían veinte cárceles como la Modelo.

Lo peor es que no tengamos ya colonias, porque si no, podríamos haber habilitado cualquier isla en el archipiélago filipino, variándole el nombre que tuviese por el de isla de los Ladrones, y haber enviado para allá á toda esa inmundicia.

Qué bien dicen los que dicen que una desgracia nunca viene sola.

Una señora de Lucena ha entregado á la Superiora de la Comunidad de Siervas de María, con destino á la Virgen de la Salud, un magnífico collar de oro del que pende un medallón adornado de hermosos brillantes, por haberle concedido la salud de su esposo, que con toda fe la pidió.

La señora esa ha ofendido á la Virgen, pagándole un servicio que ella indudablemente prestó sin miras interesadas.

Aunque creo que acabo de decir una tontería, pues el regalo de nada servirá á la Virgen, sino á la Comunidad de Siervas, y puede que en plazo próximo á los carlistas, que adquirirán fusiles con el importe de ese oro y esos brillantes.

CORRESPONDENCIA

«Barcelona». — R. G. Indudablemente sería oportuna la reproducción de la poesía que me remite, pero es muy larga. Gracias por su atención.

Y allá está el público frente á un palacio en Barcelona, viendo descargar ricos muebles, divanes, otomanas forradas de sedas y terciopelos, etc., etc.

¿Qué palacio es aquél? El episcopal; y los muebles son para el obispo, señor Morgades, representante de aquel que no tenía ni una piedra donde reclinar su cabeza.

De aquí la extrañeza del público.

Consulta evacuada

Carabanchel.—¿Por qué los periódicos que blasonan de republicanos, demócratas ó simplemente liberales, no se ocupan de hacer ver á sus lectores que la clergalla es el valladar más formidable para que se abra paso toda idea de ilustración, progreso y justicia?

—Porque si hicieran eso, perderían suscripciones en vez de ganarlas.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á El Motín á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

MADRID. — IMPRENTA, LIBERTAD, 20

Biblioteca de "El Motin",

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

desde la ropa que vestimos hasta la cama en que reposamos; desde la máquina que da forma a la primera materia hasta el papel que lleva nuestro pensamiento a los cuatro puntos cardinales, todo proviene del suelo. Aparecen en su superficie ó se ocultan en sus entrañas cuantos productos sirven para la satisfacción de nuestras necesidades. Púese, por tanto, sostener que la posesión individual del suelo es el punto de partida de las explotaciones todas.

Tienen mil veces razón nuestros excelentes Jacobinos al infamar á la esclavitud antigua que entregaba á unos cuantos amos una multitud de servidores y les concedía el derecho de traficar y de disponer de ellos como un objeto cualquiera; razón tienen mil veces de protestar contra la servidumbre de la Edad Media, especie de esclavitud disfrazada que ponía el vasallo á merced del señor, de sus caprichos, de sus antojos y aferraba el siervo á la gleba como en otro tiempo el esclavo al amo. Pero mil veces dejan de tener razón al cantar *ditrambos* á la nueva condición de ese descendiente directo del antiguo esclavo, el proletario, y á los beneficios de la supuesta libertad que disfruta desde hace años. Ensartar frases de indignación sobre la situación horrible de aquellos millones de seres humanos llevados en otro tiempo á los mercados como bestias de carga, maltratados, azotados, condenados á muerte por sus amos, está bien; hoy especialmente, que tenemos distinta idea del derecho natural, escribir ó declarar períodos retumbantes contra la opresión, la insolencia y las exigencias insaciables de la nobleza de la Edad Media, está perfectamente bien; no será de seguro jamás una apología de abominaciones tales. Pero, en fin, sin dejar de maldecir los horrores del pasado, preciso es además, para glorificar los beneficios del presente, ver en qué consisten éstos y si son efectivamente reales.

29

«En adelante eres libre, enteramente libre; la ley ha proclamado la manumisión íntegra y la igualdad de todos los seres. Ya no perteneces á tu señor; no estás obligado á trabajar para su cuenta, á hacer que sus frutos maduren, á cultivar sus tierras; podrás poseer esos fértiles campos, esas praderas rientes, esos vergeles frondosos, esos extensos bosques y transmitirlos á tu descendencia lo mismo que él á la suya. A partir de este día, no elevas á nadie más que á ti, sólo á ti te perteneces; no eres el servidor de nadie. ¡Marcha, eres libre!»

Esto es lo que la retumbante declaración (declamación iba á decir) de los derechos del hombre dijo al siervo, al vasallo y al campesino. Y éstos, desembarazados de sus cadenas, descargados del diezmo, del trabajo forzoso y otros cosas que les ahumaban, batieron primero las palmas y preguntáronse en seguida cómo las utilizarían.

¡Libre, al fin era libre! Mas habría que pensar en aprovecharse de aquella libertad tan preciosa. Tenía, á no dudar, músculos acostumbrados al trabajo. Aquellas tierras, en medio de las que había vivido siempre, podían dar testimonio de su vigor y habilidad. Pero si la nueva Constitución le había dado la libertad, si le había quitado el pesado yugo de la nobleza y el clero, si le había puesto en posesión de derechos imprescriptibles que llevaba en sí su calidad de hombre, imitando al mono que enseñaba la linterna mágica, sólo olvidó una cosa: iluminar la linterna. La Constitución republicana no había olvidado más que una cosa, pero la más importante: asegurarle los medios, garantizarle la facultad de sacar provecho de su emancipación, facultad sin la que se hundiría el andamiaje entero.

Hoy el proletario no es apaleado como el esclavo si no trabaja; se le deja simplemente sin recursos y atormentado por el hambre; no puede, como el siervo, ser vendido con la tierra á que estaba agregado; pero se vende ésta y nuestro hombre se halla á merced de otro propietario, que es libre para despedirlo ó confiar el cultivo á otros. No está, en fin, obligado como el vasallo á entregar á su señor una parte de sus cosechas y de su tiempo de trabajo; pero el colono paga á su señor una renta importante: aparece, le abandona la mitad de sus productos; jornalero, le vende sus brazos por un salario irrisorio; contribuyente, debe el impuesto al fisco. Las condiciones de la moderna apropiación del suelo, la facilidad con que éste puede pasar de unas manos á otras, han roto á la fuerza los lazos que le unían con los individuos dedicados á cultivarlo, y formaban con él, digámoslo así, una cosa misma y única; pero esta nueva forma de la propiedad, alienable, divisible, produce infaliblemente para todo el que no es

propietario las mismas consecuencias que la antigua; la esclavitud, la pobreza.

Pobreza, esclavitud; estos son los dos polos entre los que oscila la vida de muchos millones de individuos que cultivan el suelo, pero que no lo poseen; sometidos á la voluntad absoluta del propietario cuando tienen la suerte de trabajar; expuestos, cuando les falta ésta, á vivir como vagabundos y á morir por falta de alimento. No es cosa rara el ver aproximarse y hasta confundirse los dos polos. He conocido en el campo colonos que, después de pagar al propietario, no les quedaba recurso alguno; los he visto que ni cumplir con su amo podían. ¿Y qué decir del simple jornalero? Más arriba he trazado sumariamente su retrato y su vida entera es un suplicio tan conocido, que creo ocioso insistir.

La posesión individual de las riquezas almacenadas en el subsuelo es, para los que trabajan en extraerlas, manantial de tantas fatigas, y de tanta opulencia para los propietarios, que constituye una de las iniquidades mayores y que más impresión ha causado.

¿Cuánto no se ha dicho respecto á la triste suerte de esos infortunados que pasan la mitad de la vida á cimientos de pies bajo tierra, los miembros doloridos por una postura que es un suplicio, echados la mayor parte del tiempo sobre el lado y la humedad, en perpetuo peligro de muerte violenta! ¡Por mucho que se habla todavía de ello, nunca se dará demasiado, nunca lo bastante!

No se relatará nunca con la sensación conmovedora de la realidad, esa existencia de forzados, en la edad en que el niño siente una necesidad de sol y de aire libre á los 12 años, existencia que seguirá desesperante, monótona y dolorosa hasta la vejez, á menos que un hundimiento, una explosión de grisú, una inundación, un cataclismo cualquiera—y son muy frecuentes—no venga de repente á poner fin á tan lenta agonía. La vejez tampoco se hace esperar (1). A los cuarenta años el minero agobiado, con reuma, sin agilidad, sin vigor, siente los avances de la decrepitud.

¿Queréis saber cuál es entre estos dos extremos, infancia y vejez, la vida de esos trabajadores? ¿Que no los conocéis de la hulla más que del alegre arder y el dulce calor que procura, ¿queréis saber lo que cuesta á los parias del país negro? Oid á la Severin: ella va á deciroslo después de haber visto, examinado, tomado, hasta cierto punto, una lección de las cosas.

«El que extrae el carbón, baja al pozo á las cuatro de la

(1) Resulta de una estadística, debida al doctor Popper, que la vida media de los mineros no es más que de 33 años.

mañana lo mismo en invierno que en verano. Desciende por la *hendidura*, que no existe más que en las explotaciones poco profundas, y que es, como su nombre indica, una bajada más ó menos suave, más ó menos áspera; desigual, conforme al nivel del suelo; llena de protuberancias, donde la frente se despegaba; llena de hoyos, donde los pies se desgarran; llena, sobre todo, de una agua glacial que cae del techo, hace charcos en el piso, hiela las espaldas abrumadas y las acorraladas piernas. Son necesarios cuarenta ó cincuenta minutos de camino para llegar á la mina y emprender la jornada. Los que no se resignan con la *hendidura* ó el lugar de su faena está demasiado profundo para poder utilizarla, tienen las *cujas* y las *escalas*. Las *escalas* dejan en carne viva las plantas de los pies, y si un escalón está podrido, eso es la muerte. La vida del minero no es más que una serie de peligros mortales. Una vez abajo, el minero se mueve en el pasadizo que pone en comunicación las galerías (¡las hermosas, las soberbias, las admirables galerías!) con los innumerables hoyos en que ha de pasar el día.

En general estos hoyos tienen sesenta centímetros de alto. El obrero entra boca abajo con la lámpara en la mano. Una vez en el fondo de aquel agujero de tipos, se vuelve, culebra su luz en la bóveda, desliza bajo la nuca una planchita que impulsa á su cráneo hundirse en el lo lo helado, y extendida la espalda, los riñones y las piernas á lo largo, sobre el agua, pica el carbón que está sobre su cabeza y del que los bloques chocan en su pecho, las partículas le ciegan y el polvo le seca los pulmones.

Y hace esta faena durante 14 horas en Bessèges; 12 en Daczeville—salvo una hora que se toma para comer,—y esta faena le vale 3 francos 29 céntimos en las minas de Bert, 3 francos 80 céntimos en Loire, 4 francos en Pas de Calais.

¡Esperad! De este salario tiene que pagar la *entablatura*, es decir, la operación que consiste en apuntalar la bóveda á medida que la abertura avanza. No sólo paga de su bolsillo el material necesario que le vende la Compañía, sino que también está obligado á ir por la madera á la entrada de la mina y colocarla él mismo. Por tanto, como trabaja á destajo, ¡tiempo perdido, dinero perdido!

Pongamos 50 céntimos por día, que es poner muy poco. Del jornal más alto, ó sea 4 francos, resta 3 francos 50 céntimos. De este salario tiene que pagar al que acarrea, es decir, al muchacho ó al niño que lleva el carbón desde el lugar de la extracción hasta el sitio por donde han de subirlo. El acarreador gana 1 franco 33 al día; quedan, pues, de los 3 francos 50, 2 francos 17 al día que arranca el mineral. De este salario—no os alarméis, es lo último—tiene que pagar

la pólvora que necesita para hacer saltar los trozos que no puede romper la piqueta. Tanto es así, que en las minas del Norte se ha visto el siguiente caso: cuatro mineros habían ganado en quince días 200 francos, y hubo que descontar de esta cantidad 180 francos de pólvora! Quedaban, pues, 20 francos, ó sea cinco francos á cada minero en dos semanas de trabajo.

Y son precisos al minero treinta años de este trabajo, treinta años de esta miseria para alcanzar su retiro; retiro (an exiguo, que los mismos empleados de los ferrocarriles no lo querían), pero en las minas son raros los retiros! Y los que mueren tienen en el momento supremo del consuelo de pensar que su vida y sus tres ó cuatro huérfanos alcanzarán de 40 á 50 francos de indemnización.

Hablo sólo de lo que á los hombres respecta. Allí dentro, las mujeres, enganchadas á las carretillas para viajes que asustarían al caballo en un coche de punto, con barro hasta las rodillas, doblada la cintura, pobres hembras rebajadas al nivel de las bestias de carga, ganan un franco 33 céntimos!

Y los niños, pobres criaturas apenas formadas, con sus caritas en que se pinta el sufrimiento, sus miembros delgados, su raquitismo y su anemia, ¿sabéis á qué régimen se les somete?... Pues bien; en Bouches-du-Rhône, esos rapaces, después de colear el carbón en los sacos de paja trenzada llamados *couffins*, se pasan por la cabeza la cuerda que les sirve para llevarlo, y como la bóveda es muy baja, van con las rodillas en tierra, los zapatos de madera en las manos, á cuatro pies como los perros y arrastrando tras sí su pesada carga. Y el trayecto es largo, y van y vuelven durante doce horas, ¡ni una más ni menos!

Luego, como añadidura, tanto para las mujeres como para los hombres, como para los niños, el grisú que acecha emboscado tras las paredes... y que la codicia de una Compañía, la falta de un obrero ó el desquicio de un capataz puede de pronto desatar contra la mina. Ved lo que cuesta ese hermoso luego en que vemos centellar nuestras ilusiones, iluminarse nuestras esperanzas, calmarse nuestras cóleras. Y mientras estamos bien calentitos, bien á gusto en nuestro egoísmo de dichosos, ved cuál es la vida de los que nos dan ese bienestar, esa alegría y caliente llama.

He tenido que citar el pasaje entero, pues no hubiera podido decirlo tan bien.

¿Queréis saber ahora para qué sirven esas toneladas de hulla, que en todos los mercados se convierten en lingotes de oro? Retened estas cifras y quedaréis satisfechos.

Minas de Anzin: 28 800 títulos emitidos á 97 francos que valían en Marzo de 1891, 5.200 francos, cerca de 54 veces el

precio de emisión. **Minas de Courrières:** 2.003 títulos, emitidos á 600 francos y valiendo en Marzo de 1891, 41.000 francos, más de 73 veces el precio de emisión. **Minas de Lens:** 6.000 acciones emitidas á 3.000 francos y valiendo en la misma época 27.025 francos, 90 veces el precio de emisión.

De suerte que, mientras las generaciones productoras son presa de la anemia causada por el ayuno y la fatiga extrema, los felices propietarios del subsuelo se embolsan todos los años dividendos enormes y ven subir cada año el precio de sus tesoros en cartera.

Muchos cientos de millones de toneladas de hulla (1) se arrancan anualmente de las entrañas de la tierra, y viven miserablemente, y mueren de 33 años los proletarios cuya piqueta extrae el combustible que alimenta á la industria, pone en movimiento la locomotora, alumbrá las poblaciones, cuece los alimentos y conserva en nuestras casas una temperatura suave.

Apropiación individual de los instrumentos del trabajo

Todo progreso aumenta la integridad del origen. La división del trabajo que origina, sus tendencias, sus resultados. Origen de las huelgas. El exceso de producción: cómo se efectúa, sus consecuencias.

El derecho de propiedad se extiende hasta los instrumentos de trabajo. Gracias á las aplicaciones infinitas de la ciencia y de la industria, tiene como ninguno nuestro siglo una

(1) Producción hullaera, 1888.					
Naciones.	Toneladas.	Precio medio de la tonelada.	Valor total de la producción.	Población obrera.	Consumo por cabeza y por año.
Est. Uni.	132.548.844	8.07	1.230.000.000	283.125	2.945
Inglaterra.	169.935.219	6.35	1.079.000.000	534.915	4.550
Alemania.	81.873.843	5.82	477.000.000	258.388	1.600
Rusia.	4.580.223	8.83	37.000.000	33.000	0.070
Francia.	22.062.894	10.31	223.000.000	104.959	0.854
Austria-H.	23.047.000	5.23	124.000.000	97.200	0.625
Bélgica.	19.218.481	8.43	162.000.000	103.477	2.000
Varias.	12.000.000	8.30	100.000.000	60.000	»
Tls. y m.	466.496.509	7.08	3.412	1.475.094	0.325

La industria de minas en Francia y en el extranjero, citada por l'Economiste Français, Henri Couriot.

único medio de existencia, están fatalmente condenados á los horrores de la más desesperante miseria. Mas esto no es bastante, al invadir el mercado del trabajo, esos brazos que la mecánica ha hecho inútiles van á concurrir con los 50 compañeros que quedaron en el taller, y hacen que baje infaliblemente el salario. Otra consecuencia ineludible: aquella producción de 200 antes de la aparición de la máquina, bataba apenas al consumo, y requiriendo tal insuficiencia un trabajo constante, toda huelga estaba condenada; luego, con el nuevo modo de producir, esa relación entre la producción y el consumo desapareció, y he aquí por qué: todo productor es consumidor al propio tiempo y lo que puede consumir el asalariado está, ya se sabe, determinado por su salario; luego en el caso que nos ocupa, 150 productores de cada 200, al estar sin trabajo, están sin salario, y, por tanto, sin la posibilidad de consumir. ¡Habiendo bajado su salario como consecuencia de la gran cantidad de brazos inutilizados, los otros 50 ven disminuir, á su vez, lo que pueden consumir; el equilibrio entre la producción y el consumo se rompe; la primera es demasiado abundante, tiene que disminuir y detenerse acaso, y los 50 proletarios privilegiados que en este segundo caso han conservado el taller, comienzan á su vez á sufrir las consecuencias de la crisis y á verse reducidos á la inactividad, es decir, á la miseria.

Resumiendo: en los tres casos, pues por ser en el primero menos inmediato que en los otros dos no es menos fatal, el resultado para el proletariado es el mismo: es la huelga forzosa con su cortejo de consecuencias terribles: inquietud, privaciones, hambre, enfermedad, miseria bajo todas sus manifestaciones. (1)

Lo que hay que deducir de la demostración precedente es que, bajo el régimen de propiedad personal, es un mal todo progreso. Penoso es decirlo, más duro aún demostrarlo, pero el hecho es perfectamente exacto. Estéis en otros ante las invenciones maravillosas del género humano; páseos los oradores oficiales y los publicistas vendidos ó mandados, ante el número, el poder y la perfección de nuestros instrumentos del trabajo, gloria del siglo XIX; canten los creyentes un *Tedeum* para ensalzar esa chispa divina que la Suma Bondad del Creador ha puesto en el hombre y sin la que su pretendida estupididad bestial hubiera sido siempre impotente para perseguir éxitos semejantes. A este inmenso concierto de alabanzas va-

nas, á estas ridículas fatuidades de un espiritualismo añejo, me niego resueltamente á unir mi voz, y pretendo que esa chispa divina que por ninguna parte parece, hubiera hecho mejor en indicar el medio de hacer servir para el bienestar de todos las creaciones admirables del mecanismo moderno, que en dotar á la humanidad de un presente tan funesto. Digo que hay más motivo para llorar, por las lágrimas, las privaciones, las desdichas que salen de las entrañas del monstruo de hierro, que para regocijarse con la amplitud de sus proporciones y la majestad de su marcha. Declaro, en fin, que son desastrosas esas aplicaciones de la ciencia á la industria, si han de dar por resultado hacer más intensa la miseria de la clase más numerosa.

¿Qué me importa la facilidad con que se fuerce, rompe y moldea el más resistente metal, y la regularidad con que se teje y borda la seda, y la precisión matemática que preside al movimiento engranaje de todas las partes de un organismo complicado, si todas sus maravillas no hacen brotar una sonrisa más, ni secan una sola lágrima?

Agil es la fiera, fuerte, admirablemente formada, y bella; ¿y qué, si de esa agilidad se sirve para saltar sobre su presa y de esa fuerza para devorar á su víctima?

Si estas son las que llaman bellezas del progreso, á mí me parecen horriblemente feas.

Que la cantidad de gasto muscular común que hay que imponerse descienda, y que la de reposo y satisfacciones para todos aumente; este es el deseo de mi corazón, esto lo que me importa. Todo lo que en otro sentido se hace, constituye un retroceso. El progreso está aquí. La pretensión contraria no se funda más que en ilusiones de la ignorancia ó en sofismas intrínsecos.

El acaparamiento de los instrumentos de producción ha llevado á los últimos límites la división del trabajo. Prodiése ésta en dos direcciones muy distintas: una que concierne á los grupos; otra á los individuos. En el primer caso, separa á los proletarios en dos campos: los asalariados intelectuales y los manuales; no hablo aquí del resultado primero. En el segundo caso, clasifica tan bien á cada individualidad trabajadora, que la lleva á una especialidad, de la que es difícil, y hasta podría decirse, casi imposible salir.

Este fenómeno es por partida doble origen de muchos males. Los brazos que en el mercado se ofrecen son tantos, que los que han de utilizarlos no tienen más trabajo que el de escoger en el montón. No hay que decir que su elección recae con preferencia en los obreros más útiles, teniendo en cuenta

maquinaria colosal. Y ésta, que se ha desarrollado con lentitud y perfeccionamiento gradualmente según el impulso de las necesidades crecientes de una población cada día más numerosa, lejos de pertenecer á los proletarios que la hacen trabajar, está en manos de los detentadores particulares llamados patronos, y de un número cada vez mayor de colectividades restringidas formando sociedades anónimas, civiles ó en comandita.

Mientras el acaparamiento de la tierra pone el yugo y reduce á la miseria al proletariado del campo, el de la maquinaria condena á servidumbre y miseria la población obrera de las ciudades. Cuando hace dieciséis siglos un molino de viento usado en Oriente hizo en Occidente su aparición, el poeta griego Antipater cambió de modo magnífico en la siguiente estrofa la era de reposo relativo, de descanso y dicha que parecía debiera inaugurar el aprovechamiento de las fuerzas naturales:

«Esclavos que hacéis que gire la piedra del molino, descansad vuestras manos y dormid en paz! En vano es que la voz resonante del gallo anuncie la mañana. ¡Dormid! Desde la orden de Demeter, la faena de las muchachas es hecha por las niñas de los campos, y éstas ahora saltan brillantes y ligeras sobre la rueda que gira. Impulsen el eje con sus rayos y ponen en movimiento la pesada máquina que da vueltas. Vivamos una vida más alegre que nuestros padres, y gocemos, sin trabajar, los beneficios de que la dicha nos colma.»

Raros son hoy los poetas que entonan un brillante *aleluya* cuando sale á luz uno de esos aparatos que, cambiando las condiciones de la producción, deberían transformar paralelamente las del trabajo. Aún brilla en ellos la llama del entusiasmo; pero por muy alto que peguen las suba en las regiones encantadas del ideal, no se aleja nunca bastante de la realidad engañadora, para ignorar que toda máquina nueva ó todo perfeccionamiento de la maquinaria existente, puede contribuir á aumentar la riqueza del propietario, pero no disminuir la pobreza del que no posee.

¿Qué digo? Toda mejora mecánica la aumenta, porque de un lado hace más intensa la potencia productora de la clase obrera, y de otro disminuye su potencia de consumo. Es tan exorbitante este resultado, que la prueba merece algunas explicaciones.

Un ejemplo hará que se me comprenda más fácilmente. Supongamos un taller en que generalmente trabajan 200 obreros; produciendo cada obrero 1, la producción será de 200. Entra en el taller una máquina aplicable á la industria de dicho taller, y que permite obtener con esos 200 hombres una producción cuádruple, ó bien que basten 50 hombres para

el rendimiento—en piezas ó al día—de los mejores entre los elegidos como base de la evaluación del salario.

En tiempos del artesano, el mismo individuo, tras largo y minucioso aprendizaje, confeccionaba un producto de manufactura desde la primera á la última pieza. El trabajo entero pasaba por su mano.

Hoy no podría ser así, salvo algunas excepciones, y éstas llamadas á desaparecer; la mecánica ha penetrado en todas las industrias y ha introducido en ellas una maquinaria tan completa y compleja que, para acabar el más pequeño producto, es tan necesario el concurso de muchos aparatos distintos como la colaboración de multitud de trabajadores especiales. Las diez piezas de un mismo producto son confeccionadas por diez productores diferentes, agregados á otros tantos útiles ó instrumentos diversos, para ser después ajustadas por otro obrero provisto de un undécimo aparato.

Las fases sucesivas por las que pasa la primera materia hasta llegar á punto de salir á la venta, corresponden á igual número de corporaciones ó especialidades.

Se acentúa más y más esta división del trabajo, porque lleva en sí para el que paga el salario una doble y preciosa ventaja: la de colocar, como se verá, al asalariado en dependencia cada vez más estrecha, y la de exigirle por el mismo salario un producto superior en cantidad y calidad.

He dicho más arriba, que el término medio del rendimiento exigido por el patrono se valía teniendo en cuenta la producción de los más hábiles. Resulta de ahí que para alcanzar este término medio hay que llegar igualmente á un grado superior de velocidad, desde el punto de vista cualitativo. Pues bien, á esto no se llega sino con la precisa condición—no hablo de las excepciones—de aislarse en una especialidad y desarrollarla sin tregua.

¿No es un horrible suplicio hacer siempre la misma faena, tener siempre entre los dedos el mismo instrumento ó la misma materia, condenar sus ojos á ver siempre los mismos objetos, sus oídos á escuchar los mismos rechinos, habituarse su cuerpo á las mismas posturas, sus brazos á esfuerzos invariables; hacer hoy lo que se hizo ayer, lo que se hará mañana; no, entendiéndose bien. Diez cosas distintas en el mismo día, como el Señor que va á sus asuntos habla, escribe, concurre á la Bolsa, al café, al despacho, recibe y hace visitas; no, sino la misma faena de la mañana hasta la noche, á todas horas y todo momento del día? ¿No hace esto recordar á esos pobres caballos viejos, á los que se pone anteojeras para que den más docilmente vueltas en el mismo círculo?

Igual tortura es la de casi todos los trabajadores industriales y cada día se hace más difícil el sustraerse á ella; primero

porque, limitándose siempre al mismo trabajo, es como el obrero adquiere y desarrolla la destreza expeditiva que le asegura un salario normal; después porque tal especialidad sólo necesita un aprendizaje relativamente corto, y que, por esto, como por la abundancia de brazos que se ofrecen, nadie es indispensable, el que pierde su plaza es reemplazado en seguida. Por el contrario, el que se va ó es despedido no encuentra fácilmente nueva ocupación; habiendo tenido por necesidad que contraerse á su especialidad, no tiene valor alguno sino continuando en ella; en cualquiera otra labor se le tacharía de inferioridad.

En fin, la división del trabajo tiene por consecuencia aumentar sin cesar la aptitud profesional del productor que, haciendo siempre la misma cosa, se perfecciona en ella; mientras que bajo su mano se multiplican los productos, y se levanta á su lado un montón mayor que el de la víspera, su salario tiende más bien á disminuir.

¡Extraño resultado de la apropiación individual de los instrumentos del trabajo! El obrero produce más y más para su patrono, y su salario, á lo sumo, permanece estacionario. El patrono que pedía 10 hace diez años, 15 hace cinco, exige 20 hoy, y esos 20 los paga lo mismo que los 15 y los 10 de otro tiempo, y nada más; el proletario se ha hecho para dar lo más posible al que sostiene las máquinas, y con tal que pueda vivir para seguir produciendo, con eso basta (1).

No hay economista, por poco socialista que sea, que no haya proclamado esa verdad; si hubiera que citar á cuantos se han declarado en ese sentido, sería ocasión de no olvidar á ninguno. Mas los mismos pontífices de la economía política han reconocido en su mayor parte—tal es la declaración arcaica á un culpable—que generalmente el salario del obrero no pasa del *tantum* que le es estrictamente necesario para vivir y reproducirse. Se apoya este hecho en autoridades tales, está confirmado por una experiencia tan constante, que no se ha

(1) Cuando digo que el obrero de hoy, aun produciendo más que su antecesor, no gana más que aquél, no quiero decir que su salario es el mismo, en el sentido absoluto, y que, si gana 3 fr. 50 por ejemplo, hace veinte, treinta ó cuarenta años, no gana más hoy. Pero no hay que perder de vista que el salario no debe calcularse sino en un modo relativo, en el sentido de que está destinado, no á permanecer en el bolsillo del obrero, sino que tiene por fin preciso procurar á aquél la posibilidad de comprar lo que necesita. En otros términos, que ese salario está llamado á cambiarse cada día en objetos de toda clase, desde el cuatro hasta el calzado, y es evidente que, si habiendo aumentado el salario el 25 por ciento, por ejemplo, las necesidades de la vida han sufrido un aumento paralelo de 25 por ciento, puede revestir y justamente afirmar que el salario no ha cambiado, puesto que, en realidad, este es sencillamente la expresión de la relación entre los medios de existencia y la facultad de procurárselos, y dicha relación no se ha modificado.

(Continuad.)